

HABANERA PARA UNA INFANCIA EJEANA

José María de Jaime Lorén

Universidad CEU Cardenal Herrera (Valencia)

Calamocha, agosto de 2016, una tarde de fiestas



Era ya de parte tarde, empezaba a anochecer. Como ya es costumbre se celebraba en la plaza de la Iglesia, frente a su fachada barroca, el Rosario cantado que organiza la Cofradía de la Virgen de la Cama. Hay mucha concurrencia, atraída, más que por los rezos, que también, por el brillante acompañamiento de asociaciones culturales y religiosas de la comarca, que suelen desfilan a los acordes de una agradable selección de piezas de música aragonesa tradicional.

Suena en el aire una bellísima habanera desconocida para mí. De momento, entre los murmullos de la concurrencia, me parece escuchar el nombre de una villa muy querida para mí, “Soy de una tierra hermosa, soy de Ejea”. En voz baja le comento a mi esposa: -¿Has oído Ejea tú también? -¡Sí, se ha escuchado bien claro! La siguiente estrofa lo confirma sin ningún género de dudas: “que es de las Cinco Villas, la primera. / Donde los Caballeros, son de veras”.

La habanera parece preciosa y está dedicada a Ejea de los Caballeros, villa donde residí los nueve primeros años de mi vida y por la que siento desde siempre un cariño muy especial. Un cariño que han reforzado las amistadas trabadas entonces, y luego anudadas durante mis primeros años juveniles cuando puntualmente acudía a pasar temporadas a la vecina localidad de Bardenas del Caudillo. Desde allí, bajábamos todos los días a las fiestas de Ejea en honor a la Virgen de la Oliva.

No se me va de la cabeza la habanera de Ejea. Busco en internet alguna información de la misma. Y la encuentro, y la leo con detenimiento mientras escucho de nuevo los sones pegadizos de la pieza. Me pone los pelos de punta conocer el origen de la misma, pues hunde sus raíces en una historia real.

El título de la habanera ya es bastante orientativo: Volver a Ejea. Su autor es un músico aragonés, José Luis Urbén, a cuya familia pertenecía el protagonista de la canción. Se trata de un joven ejeano de familia pobre, Tomás Aparicio. Tan pobre que, liberado por sorteo del servicio militar, se ofreció voluntario para marchar a Cuba en plena guerra de emancipación de la colonia, supliendo para ello a otro joven de familia acomodada. No era del todo raro ver en los periódicos finiseculares, anuncios en los que públicamente se ofrecía una importante suma de dinero por “redimir”, así se decía en el argot de la época, a jóvenes de familia adinerada a quienes el sorteo de quintas obligaba a marchar a la guerra de Cuba donde tantas vidas se perdían.



Formalizado en acuerdo entre las familias, pagada la suma acordada, el joven ejeano marcha a Cuba. Al poco tiempo de llegar, lo encontramos hospitalizado en La Habana. No se sabe si herido de guerra o enfermo de fiebres. Durante la lenta convalecencia, las monjas que atendían el hospital le enseñan a leer y a escribir, pues, como tantos otros españoles de la época, Tomás era completamente analfabeto. Empieza entonces a escribir regularmente cartas a su familia, llenas de esa añoranza sazónada de la sal y del sol del Caribe, que tan bien reflejan “los cantos de este lugar, las habaneras”. Cartas, algunas, compuestas íntegramente en verso.

La nostalgia impregna las epístolas que llegan a Ejea desde Cuba, en las que el mozo se acuerda de su madre, de su patrona, de sus primeros amores. Pero sobre todo de su pueblo, de Ejea, “Donde mi madrecita, llora y reza; / la Virgen de la Oliva la proteja”. Ejea, “donde encontré el amor por vez primera”, donde “una guapa mocica tras su reja / sueña con escuchar mis rondaderas”, o canciones que cantan a las amadas las rondas joterías.

Pero hay una cosa que preocupa a Tomás por encima de nostalgias y de añoranzas. La posibilidad, que sabe que es bien real, de morir en Cuba sin poder volver a Ejea, “En ese lugar nací, esa es mi tierra. / En ese lugar morir, también quisiera”. Por eso con insistencia pide y ruega que “No permita el Señor que aquí me muera, / que quiero regresar, pronto a mi tierra”. En estos versos, que tomamos prestados de la bella habanera, se aprecia bien la hondura del sentimiento del muchacho, su angustia por volver a su casa, por volver a Ejea de los Caballeros.

Nunca jamás regresó, pues se sabe que murió en Cuba durante los primeros días del siglo XX.

Escucho una y otra vez la habanera Volver a Ejea, en cualquiera de las nu-

meras versiones que hoy se cantan. No sé si es su ritmo sosegado, su cadencia musical o, lo más probable, el conocer la historia real que se esconde tras la letra de la pieza, el caso es que mi imaginación vuela a mi propia infancia, a mi primera juventud, que tan estrechamente unida estuvo a la capital de las Cinco Villas. Pienso que yo también soy una suerte de Tomás Aparicio que, en un momento de su infancia, fue bruscamente arrancado de Ejea, de sus amigos, de sus paisajes, de sus raíces. La vida ha seguido plácida y feliz, pero yo sé bien que allí quedó sepultada una buena parte de mi infancia, de mi juventud. Así lo pude apreciar en mi última visita a la villa.

Ejea de los Caballeros, una mañana de junio de 2005



Como en toda la noche he podido pegar ojo, con las primeras luces del día salgo a la calle a pasear. No sé si ha sido la emoción de abrazar a viejos amigos, Higinio L., Daniel M., o las copas que tomamos a última hora de la noche en un pub de la Avenida Cosculluela. Ojo, no por el alcohol, en absoluto, sino porque en el mismo local, apenas remozado, estaba la vieja discoteca de Ejea, “Las Vegas”, que reconocí inmediatamente, donde tan buenos ratos había pasado en mi juventud.

Volver a Ejea. Había vuelto. Lo de menos era la excusa para estar allí. La invitación a dar una charla sobre la miel en la farmacia y en la gastronomía medieval española. O algo así. En cualquier caso, droga dura para cualquier auditorio. En defensa del tema diré que se enmarcaba en unas Jornadas sobre la fundación de Ejea en la Edad Media. Me daba igual, como el caso era volver a Ejea estaba dispuesto a hablar de cualquier tema que me hubieran pedido.

La primera emoción, bien vibrante, la tuve al ver el lugar donde se celebraban las Jornadas. En la nueva Casa de Cultura que, precisamente, se había levantado donde estaba mi antiguo colegio de las Monjas Mercedarias, en la Avenida del Muro. En el mismo sitio donde había recibido las lecciones de Sor María y de Sor Estrella, y en cuya capilla decía misa el anciano sacerdote Don Baltasar.

Paso por los nuevos pasillos de edificio, por el jardín que hay ahora donde antes estaba el patio de recreo. Allí mismo dimos muchas nuestras primeras patadas a un balón de fútbol. Recuerdo perfectamente a mis compañeros de clase. El más destacado Fernandito Riera, por el segundo puesto competía yo en lucha cerrada con un chico de la Imprenta Arilla, ¿Félix tal vez de nombre? Y luego estaban mis amigos, Enriquito Cavero, Martinico el Piriro (su padre tenía un taller de bicicle-

tas y más de una vez me colaba con su hijo a ver los partidos de fútbol del Ejea), José Luis Supervía de quien, no sé porqué, evoco alguna travesura. De la charla en sí, apenas recuerdo el cariño de los ejeanos y la degustación que siguió de tortas y otras piezas de repostería hechas con miel.

La noche va de emociones, y la última la tengo cuando compruebo que me han alojado en un hostel en la calle Mediavilla. Mi calle, muy cerca de la casa donde viví mis nueve años ejeanos. El edificio ha desaparecido. Estaba frente a la antigua papelería “La Universal”, y en el primer piso vivían el médico D. Antonio Aísa y el Sr. Félix Lacima, la Sra. Lucía y sus hijos Santicos y M^a Jesús. En el segundo estábamos nosotros con D. Vittorio y D^a Carmen Dehesa, los propietarios del edificio, y la familia Mena de quien recuerdo bien a los hijos Fernandito y Marisa.



Me acuesto en la cama del hostel rumiando todos estos recuerdos y, como era de prever, no duermo apenas. Con el fresco de la mañana salgo decidido a la calle, y me dirijo Mediavilla abajo hacia la iglesia parroquial de El Salvador, donde Mosén Jesús Francisco, el buen cura de Burbáguena, bautizó a mi hermana Carmita. Antes de llegar a la plaza subo por la calle de la derecha, allí mismo había una fábrica de gaseosas. Asciendo buscando los Carasoles y La Corona. Paso por la vieja casa de Higinio, de adobes que amenazan ruina. Alguna vez he dormido allí. No había entonces agua corriente, y las necesidades se hacían en el corral. Lo mismo que sucedía en la casa de la Sra. Sabina y el Sr. Juan Ángel de La Corona, a donde llego en unos minutos.

Me asomo al mirador sobre el río Arba de Biel, allá abajo está la Fuente Bañera donde íbamos paseando con mi madre y mis hermanos pequeños.

Vienen a mi memoria antiguas fiestas de quintos, las quintadas. Otra vez los sorteos decidiendo los destinos militares. En los años 50 era costumbre que cada casa donde había un hijo a punto de “entrar en quintas”, agasajase con tortas y licores al resto de la quintada, que acudía con una rondalla de casa acompañados de toda la chiquillería del pueblo. Recuerdo que algunos ataban rosquillas a una cuerda que colgaba al extremo de un palo, y las hacían oscilar mientras los chicos tratábamos de apresarla con la boca. Cuando me toca probar a morder, me coge Juan Ángel, que ese año era quinto, y me dice: -No seas tonto, José Mari, que ahora vamos a mi casa y mi madre te dará todas tortas que quieras con un traguico de anís.

Hace muy buena mañana, con fresco para disfrutar del paseo. Sigo por aquellas callejas, hoy bien urbanizadas y con buenos edificios, hasta la ermita de la Virgen de la Oliva, junto al antiguo Instituto Laboral “Reyes Católicos” donde mi padre fue profesor. Evoco a sus compañeros de claustro, a los bedeles y a algunos alumnos. Hoy es una Casa de Cultura y conserva el mismo aspecto de antaño. El nuevo instituto, que se levantó en terrenos del viejo campo de prácticas, no me dice absolutamente nada.

Bajo hacia otro de los sitios emblemáticos de mi época, el campo de fútbol de Luchán, bueno estadio, que esta categoría tenía. Allí dirimía sus encuentros de la tercera división aragonesa el equipo del Ejea, con su camiseta a listas blanquiazules. El fútbol era en los años 50 una excelente válvula de escape de tensiones sociales, y el Ejea tenía un buen equipo. Yo solía entrar al campo en compañía de los padres de cualquier amigo, o saltando limpiamente la tapia. Recuerdo nombres de jugadores ilustres como Cidraque, Teresa, Gay, Cani o Romea, que luego llegaría nada menos que al Barcelona. También el de un entrenador que se llamaba Oliver.

Era tal el furor futbolístico que teníamos, que emborronábamos nuestros cuadernos de clase con imágenes de partidos imaginarios, en los que nuestro flamante Ejea conseguía grandes goleadas, con tantos de todos los estilos que dibujábamos al modo de las viñetas del tebeo. Los domingos que el equipo jugaba fuera, veíamos a última hora de la tarde el resultado, junto a los de primera y segunda división, en un bar que había en la calle Mediavilla. Allí me di cuenta que era más difícil ganar en otros campos que en el nuestro. Casi todos años había siempre algún partido en Luchán que acababa en bronca monumental con el árbitro. Por supuesto, por penaltis y expulsiones injustas contra el Ejea. Pero en Luchán se celebraban también partidos entre equipos del Instituto Laboral, con los de las Escuelas, pruebas atléticas o manifestaciones deportivas del tipo de tablas de gimnasia, etc. Todo muy en la línea de aquel Frente de Juventudes o la Educación y Descanso del régimen.

Paso al lado de la plaza de toros, de la que evoco la anécdota de su ascensor, de corridas con Manuel Benitez El Cordobés, Palomo Linares, El Platanito y, sobre todo del héroe taurino local, Miguel Cinco Villas que había sido alumno de mi padre. También charlotadas con los Beatles de Cádiz y numerosas vaquillas con roscaderos y tablas por toda protección.

El antiguo soto se ha convertido en un magnífico parque donde termina la Avenida de Cosculluela. Paso de nuevo por la antigua discoteca donde estuve la pasada noche. Vuela mi memoria a las tardes de fiestas ejeanas, cuando con 16 ó 17 años bajaba a disfrutarlas desde Bardenas donde, como he dicho, pasaba largas temporadas en casa de mi buen amigo Higinio, desde finales de agosto hasta casi el mes de octubre.

Atrás quedan aquellos años felices con él, con la Carmencica, el Sr. Vicente y, sobre todo, mi tata Isabel, la antigua criada de casa que ahora disponía merecidamente de su casa y de las tierras del lote de Colonización en Bardenas. Veranos recogiendo tomates para llevarlos luego a la embotadora de Ejea, a veces garbanzos, otras revolviendo el alfalce o labrando la tierra con el tractor, un Ford-55, que me dejaba llevar Higinio por los caminos, a veces incluso por la carretera. Con 16 años. Poca cabeza la nuestra.

Y llegan así las fiestas de Ejea en honor de la Virgen de la Oliva. Desde Bardenas salíamos todo el pueblo en autobuses nada más comer. Yo iba con mis amigos del pueblo, Vicente A., Eduardo, Gurría, Ciudad y otros que ahora no recuerdo. Una vez en Ejea, nos dispersábamos en función de los festejos o de los compromisos que cada uno tenía. Como a los toros no íbamos, lo normal es que danzáramos de un lado para otro, coches de choque y, sobre todo, los futbolines, donde había retos con auténticos profesionales de jugar gratis las partidas a base de ganar a los menos duchos en el juego. Tardes de polo de limón de “Camay”, de sabor agridulce, de reanudar viejas amistades, de trabar otras. Así hasta la hora del baile en la discoteca.

Nunca fui muy experto en esto de alternar con las chicas. La timidez y tal. Ya digo, 17 años. Pero mi último año de fiestas ejeanas di la campanada, y conocí el primer día de fiestas a una chica que me gustó. Que nos gustamos. No recuerdo su nombre, y bien que lo siento. Pero sé que iba en la cuadrilla de otra antigua amiga mía, Marisa M. que un año o dos antes había sido la reina de las fiestas de la villa, también que su padre era veterinario y que vivía, porque la acompañé todas las noches a su casa, muy cerca de donde antes estaban las Escuelas Municipales.

Fueron unas fiestas felices. Bajar a Ejea, jugar o divertirme con mis amigos y, con la primera sesión de la discoteca, a bailar y charlar con mi nueva amiga. Terminada la sesión, ella a su casa a cenar y yo me reintegraba al grupo de amigos, también a cenar. ¿Dónde? Siempre en la casa de algún pariente de algún amigo que, a su vez, era conocido de otro mío. En esto, Ejea y las Cinco Villas, son algo especial. Las puertas de todas las casas estaban esos días siempre abiertas a quien llegaba a las mismas, aunque no nos conocieran de nada. Como era mi caso. Aunque a veces sí se acordaban de mi padre: -Sí, D. José, aquel profesor de ciencias del Instituto que daba charlas por la emisora local de radio. ¿La cena? Lo que hubieran preparado. Generalmente, sota, caballo y rey: buenos trozos de magra, ensalada de tomate y algún tiento al porrón o la bota. Lo mismo para todos. De casa o forasteros. Si es que puede hablarse de forasteros en Ejea durante las fiestas.

Terminada a la cena, si daba tiempo íbamos al cine. Ese año vi en estreno la película *Un hombre llamado Caballo* de Richard Harris, otra fue *El Padrecito de Cantinflas*, o *El agente 007 contra el Dr. No*. Siempre en el Cine Goya. Se trataba de hacer tiempo hasta la sesión de noche de la discoteca. Sacada la entrada ya me

estaba esperando mi amiga. Bailar, charlar, tomar alguna Coca-Cola, hasta que al final de la sesión galantemente la acompañaba a su casa. Corriendo entonces para coger el último autobús que me llevara de retorno a Bardenas.

Una noche que me encanté un poco, llegué cuando ya el autobús repleto de trasnochadores iniciaba la salida. Y allí me quedé con un palmo de narices esperando en vano que volviera tal como había prometido el chófer. ¿Adónde ir a las tantas de la mañana en Ejea? Pues a casa de Daniel M. a quien, lógicamente desperté a horas tan intempestivas. Comprendió de sobra mi situación, y allí me quedé a pasar la noche. -José Mari, mañana cuando te levantes, a la hora que quieras, cierra con llave y se la das a mi tía Isabel, que nosotros salimos temprano de viaje.

Así era la Ejea de mis años mozos, confianza absoluta en los amigos. Como no me levanté tarde del todo, pasé a ver a D^a Carmen Dehesa quien a través de Marisa sabía que estaba en Ejea y quería verme y saber de mis padres. Allí fue a verla. ¡Qué contenta se puso de verme! -¡Huy, José Mari!, ¿no has comido aun nada? Ahora mismo te hago unos huevos fritos que te vas a chupar los dedos. Pero, cuéntame, ¿qué hacen ahora D. José y D^a Rita? Mis padres en Ejea siempre fueron tratados así.

Cuando le conté a mi amiga mi aventura nocturna, se enfadó un poco por sentirse un poco responsable del lance. Así, fueron pasando lo que para mí fueron las fiestas de Ejea más felices de mi vida. Ya nunca volví a las mismas. El año siguiente empezaba el curso preuniversitario, la prueba de madurez para acceder a la universidad, y ese año conocí a la que años después sería mi novia y hoy es mi mujer, M^a Carmen.

Pero tampoco he olvidado la despedida de mi amiga ejeana. Los dos habíamos pasado unas fiestas felices, pero también éramos conscientes de que difícilmente volverían a repetirse. La noche de la despedida, tímidamente, le pedí su dirección pensando escribirle. Me contestó que no valía la pena, nos quedaba a los dos un buen recuerdo pero era muy posible que yo no le escribiera nunca y que, de hacerlo, seguramente ella tampoco me contestaría. Lo entendí perfectamente, y comprendí de paso la dictadura que la distancia ha ejercido siempre en las relaciones personales. También en el amor.

Todo esto pasa por mi cabeza cuando callejeo, la mañana ya avanzada, por la Avenida Cosculluela. Llego al Ayuntamiento, y evoco allí la llegada de Franco cuando fue a Ejea para inaugurar el Canal de las Bardenas que llevaría el agua a las tierras del Instituto Nacional de Colonización. El Jefe del Estado iba de punta en blanco, y así se asomó al balcón del Ayuntamiento mientras una multitud impresionante atronaba los aires con los gritos de rigor: “¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco ...!”

Hablando de Franco, subiendo a la plaza paso por el antiguo Cine Imperio que, como su propio nombre indica, estaba especializado en poner aquellos años de blanco y negro películas españolas del estilo de Alba de América, Agustina de Aragón, Currito de la Cruz o Nobleza baturra. Generalmente en días señalados dentro del calendario festivo del régimen.

Vuelvo al hostel después de más de dos horas de pasear y de callejear por Ejea, de buscar los rincones que guardan todavía recuerdos de mi infancia perdida: los antiguos futbolines del Hombrón, la Casa Maternal donde iba mi hermana de niña, el Herdy, el bar Las Bardenas de la plaza de España, el Casino, las Escuelas, las Casas Baratas, etc. Dejo los soportales de la plaza y bajo por la Mediavilla donde antaño se daban cita los mejores comercios: Casa Berni de electricidad, donde vi por primera vez la televisión, concretamente la boda de Fabiola y Balduino en medio de una inmensidad de gente que anegaba la calle, La Casiana de tejidos, la pastelería de Casa Cía o la imprenta La Universal.

Pienso en lo que pudo ser y no fue. En el día que mi padre decidió cambiar el Instituto Laboral de Ejea por el de Segorbe, mucho más accesible desde nuestro Calamocha natal. Nunca sospeché el disgusto que me dio el día que salimos para siempre de Ejea. Era una tarde de domingo de junio, en la televisión daban una corrida de toros en la que intervenía Luis Miguel Dominguín.

Por primera vez se imponía la realidad del mapa, de la geografía y de las comunicaciones sobre mis sentimientos. La segunda, la hemos visto hace bien poco, truncó aquel bonito romance juvenil. Dormimos la última noche en el suelo, con lo justo, pues la casa entera cabía en un viejo camión de mudanzas. Allí me dejaba un trozo muy hermoso de mi infancia, allí quedaba pendiente una asignatura que un poco aprobé años después, en mis primeros años juveniles cuando pude de nuevo volver a Ejea con mis viejos amigos. Como dice nuestra habanera. He vuelto luego más veces, con mi esposa, con mis hijos, pero paladeo mejor la visita cuando puedo callejearla a mis anchas con la sola compañía de mis recuerdos. Si acaso con Higinio, que tampoco habla mucho.

En una de estas visitas quise volver a ver a su casa de Bardenas, calle del Viento, número 4. Está abandonada pues desde hace años viven en Ejea. Quise ver su tractor, también visitar el lote de tierras, pero llevando yo el coche, pues a pesar de los años y años transcurridos recordaba perfectamente cómo se iba y donde estaba. ¡Claro que lo encontré! ¡A la primera!

Me vienen todos estos recuerdos mientras escucho una vez y otra la habanera Volver a Ejea. Si su autor la escribió en memoria de Tomás Aparicio, su antepasado, yo creo que somos muchos los que nos sentimos también aludidos por la historia que se cuenta la canción. Ejeanos de cuna ... o de infancia y juventud, como

es mi caso. Pero ejeanos también. Tan integrado estaba en la villa que mi padre, no sin cierto retintín, comentaba: -José Marí en cuanto llega a Ejea habla como los de aquí: aura por ahora o aureja por oreja.

Acunaba su sueño de volver a su morir a su tierra el joven cincovillés de la historia, precisamente cuando otro joven, en este caso francés, Maurice Ravel, el autor del famoso Bolero de su nombre, componía en 1899 en París, no una habanera, sino una Pavana para una infanta difunta. Obra escrita para piano que, dentro de la diferencia de géneros, también transmite la lenta cadencia de una danza principesca en la vieja corte española, que tiene cierta similitud con las habaneras.

Se juntan en mi mente las dos melodías, suaves, pausadas, evocadoras de tiempos pasados, de cosas idas ya para siempre. Como mi infancia o mi primera juventud, tejida de recuerdos y de añoranza hacia la villa de Ejea, de amigos muertos, de sentimientos que nunca pudieron cuajar. Por cierto, esta misma mañana, en el duermevela que precede a la hora de levantarme, cuando mentalmente repaso los trabajos y las cosas que llevo entre manos esos días, suavemente he recordado el nombre de mi amiga ejeana: Mercedes,. Lo mismo que al joven Tomás, también con nosotros se impuso la lógica de los mapas, de la distancia, de la geografía ... de la vida.

Pero es curioso, una canción, en este caso una habanera, una habanera que canta una infancia ejeana hace tiempo pasada, difunta ya, ha hecho brotar con fuerza el germen del recuerdo. Allí, “Donde encontré el amor por vez primera”. Por eso, parafraseando de nuevo los versos de la canción, me digo a mi mismo: “quiero, una vez más, volver a Ejea”.